

JUAN FORN, *CÓMO ME HICE VIERNES (UNA AUTOPSIA)*, CÓRDOBA, DOCUMENTA/ESCÉNICA, 2018

PABLO BLACK*

Universidad de la Cuenca del Plata
pabloagustinblack@gmail.com



La historia cuenta que en el 2002 la vida de Juan Forn dio un vuelco rotundo. Tras sobrevivir a una pancreatitis, el autor de *Nadar de noche*, el editor estrella en los noventa de las editoriales Emecé y Planeta, y, sobre todo, el creador del suplemento *Radar* de *Página/12*, el suplemento que fuera la universidad y la felicidad de toda una generación, decidió dar un golpe de timón y mudarse a Villa Gesell, cambiar la rutina de yupi literario que llevaba en Buenos Aires, por jornadas serenas y solitarias en la costa del mar.

Al parecer, no fue fácil. Rozar la muerte le torció algunas convicciones. Por ejemplo, había dejado de creer en la ficción, en la que él pudiera escribir. “Ya no puedo con la ficción” (*Página/12*, 30-6-2021), confesaba a su amigo Guillermo Saccomanno, como si alguna imprevista forma de modestia o de inseguridad le creciera con el julepe de la pancreatitis.

Por lo demás, debemos estar agradecidos, nuevamente el pudor ha dado hermosos dividendos a la literatura argentina. Conocemos el mito de Borges, quien, por miedo a haber perdido su talento luego de un golpe en la cabeza, se largó a escribir textos raros, textos de los que nadie pudiera decir que fueran buenos o malos, por la sencilla razón de que no existían criterios para juzgarlos: así nació *Historia universal de la infamia* (1935). Algo similar sucedió con Carlos Busqued. Abrumado por la acogida de su excelente primera novela, paralizado por la posibilidad de escribir una segunda que no estuviera a la altura, inventó *Magnetizado* (2018), un perturbador artefacto literario cuya virtud principal radica, precisamente, en no ser ficción, pura literatura pero nada de ficción. Dentro de esta tradición subterránea, se inscribe el *pudoroso* Juan Forn, quien, por no creer más en su ficción, comenzó a delinear unos preparados maravillosos, intertextuales y perfectos como un sándwich de jamón y queso, a los que, a falta de nombre mejor, llamamos las *contratapas de Forn los viernes en Página/12*.

Todo el mundo conoce sus contratapas, y si no vayan a por ellas. Busquen cualquiera, no les va a decepcionar. Quizás no sepamos a ciencia cierta qué cosa sean, pero por descontado que son infalibles. Forn no le erraba. ¿De qué van esos textos? Veamos. Podríamos decir que son visitas guiadas por una biografía, recorridos fugaces que, como un rayo en la noche, pintan una vida entera de un tirón. Forn nos introduce por accesos inesperados, y es extremadamente sutil para enlazar lo pequeño y lo grande. Crea atmósferas melancólicas en las que dan ganas de quedarse a vivir, pero sobre todo sabe hallar momentos epifánicos. Es más, se diría que los instantes de dicha son el carozo de sus contratapas, el signo de su vitalidad. Podríamos también decir que las contratapas son apenas una voz, una mera voz, una voz suave y caprichosa y sentimental y adictiva, que por nada del mundo quisiéramos dejar de escuchar.

Pero sobre todo las contratapas son un acontecimiento. Fueron un acontecimiento para el lector, que, hasta la muerte de Forn en junio de 2021, esperábamos ansiosos la edición de los viernes, y lo fueron para el mismo Forn, quien se reinventaría en su mejor versión a partir de ellas. Tan crucial fueron las contratapas de los viernes, que el propio Forn devendría ese acontecimiento, devendría el *acontecimiento viernes*.

Quizás no nos explicamos. Lo que queremos decir es que Forn, el escritor, se convirtió en viernes. Justo eso. Y puede que suene extraño, pero en realidad no tiene nada de raro. Después de todo, cualquier escritora o escritor podría ser pensado como un día de la semana, solo es cuestión de ensayarlo. El primer Scott Fitzgerald, por ejemplo, sería *sábado*; el segundo, *domingo*, es decir, resaca pura y dura. Más que un día, Claudia Masin sería un momento del día, *siesta* pongamos, aunque tranquilamente podría también ser *noche*, incluso *amanecer*. Lo mismo para Piglia, a quien debemos considerar uno de los más grandes escritores *madrugada*.

Y así podríamos seguir largo y tendido, pero no queremos desviarnos de Forn, quien, como dijimos, devino viernes. Lo asume el propio escritor en el libro que presentamos hoy, cuyo título, para que vean que no exageramos, es el siguiente: *Cómo me hice viernes*. Se trata de un pequeño y hermoso volumen en el que, básicamente, Forn echa mano a un puñado de episodios que marcaron su relación con la literatura, más precisamente con la escritura, hasta llegar al evento máximo, es decir, a su devenir viernes, luego de la pancreatitis y su ida a Villa Gesell. En buena medida, el libro está tejido con fragmentos de las contratapas de los viernes, por lo que tiene mucho de automontaje, o de autoedición, o de monstruo de Frankenstein. De ahí, quizás, que al título lleve el complemento (*una autopsia*), pues se trata de la vivisección de su vida de escritor a partir de partes de lo escrito en esa vida.

Cómo me hice viernes (una autopsia) fue un encargo de la editorial cordobesa Documenta/Escénica. Esta gente tuvo la temeraria idea de largar una nueva colección, a la que llamó *Escribir*, lanzando tres, ¡tres!, libros en simultáneo: el *El viaje inútil. Trans-escritura*, de Camila Sosa Villada (2018); *La partida fantasma. Apuntes sobre la vocación literaria*, de Leonardo Sanhueza (2018); y el de Forn. Todos bajo la misma consigna: dar cuenta de la propia relación con la escritura. El resultado no pudo ser mejor, difícil decir cuál libro es más lindo.

Hay un enfoque particular en el libro de Forn y, en mayor o menor medida, en toda la colección *Escribir*. Si nos apuran, diremos que se trata de un tópico nuevo para la crítica literaria.

Pero nuevo no por novedoso sino por caer a menudo en el olvido o en el menosprecio. Se trata del asunto del escritor y/o escritora, un asunto que no tiene nada que ver con el problema del autor, y menos con el de la obra y el de la biografía de la persona. Aunque no se desentiende de nada de eso. No obstante, su recorte, su foco, es específico y singular. El asunto del escritor o de la escritora apunta al evento o a los eventos por medio de los cuales una vida, la de Forn por ejemplo, fue atravesada por la literatura. *¿Cómo entré en la literatura? ¿Bajo qué condiciones concretas fui alcanzado, marcado, por el acontecimiento literario? ¿Cómo, en definitiva, me hice viernes?*, es la pregunta esencial del asunto del escritor o la escritora, una pregunta sencilla, pero de sobrado potencial, dado que a través de ella datamos fehacientemente el encuentro, los encuentros, siempre renovados, entre la literatura y la vida.

“Se podría decir que entré a la literatura por un ascensor” (p. 11), comienza el libro de Forn, un inicio que de tan bueno merece convertirse en la consigna máxima del asunto de la escritora o el escritor, erigirse en su fórmula o emblema. Desde el vamos, Forn, el escritor que devino viernes, nos zambulle en un acontecimiento literario.

* **Pablo Black** es Licenciado en Psicología (Universidad de la Cuenca del Plata). Es Profesor Adjunto del Seminario de Literatura y Otros Discursos Sociales Contemporáneos II (Universidad Nacional del Nordeste). Profesor en la Facultad de Psicología en la UCP y en la UCES (Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales). Es escritor y dirigió junto a Mariano Quirós las colecciones de narrativa *Viceversa* (Editorial Recovecos, Córdoba) y *Mulita* (Editorial Contexto, Resistencia).

RECIBIDO: 25/10/2021

ACEPTADO: 09/11/2021